

Mixtecos Guerrerenses en Valle Verde, Tijuana

Gonzalo Mauro Montiel y Aguirre*

La migración es un fenómeno que representa la puesta en juego de varios factores a los que están asociados: la falta de empleo y de seguridad social, los cambios violentos en los ecosistemas (como erupciones de volcanes, terremotos, etcétera) y la esperanza de encontrar mejores niveles de bienestar, entre otros.

Es un fenómeno que refleja primordialmente la existencia de insatisfacciones económicas y sociales y las expectativas de mejorar el estatus. La migración siempre representa un riesgo y un gasto económico y los movimientos sociales manifestados en corrientes migratorias son un reflejo de las carencias en los lugares de origen, lugares que antaño fueron zonas de refugio, como diría Gonzalo Aguirre Beltrán, y ahora se han convertido en zonas de expulsión, por motivos de la injusticia y desigualdades que no alcanzamos entender y que no analizaremos en este artículo, pero que de alguna manera están señalados en sus aspectos más generales.

La migración indígena tiene connotaciones diferentes a las migraciones del resto de la población. Para una indígena, migrar representa, generalmente, movilizar a toda su familia; es un riesgo y un gasto económico abandonar las tierras de cultivo, su pueblo y sus familiares, que son parte de sus raíces y fundamento sustancial de su identidad, e integrarse a un esquema en don-de es ubicado en la escala socioeconómicamente más baja, con enormes desventajas ante el resto de la población. Asimismo, abandonan sus tradiciones, las formas de organización social, cultural, política y económica que les han permitido subsistir como grupo diferenciado y se integran a un esquema basado en la individualidad. Los nuevos valores de la vida urbana o rural les son

* Director de Escuela Primaria Bilingüe: Ve'e Saa Kua'a.



desconocidos, de ahí que su vida migratoria se inicie con enormes desventajas, principalmente la discriminación racial, en su propio país, no se diga en el extranjero.

El fenómeno de la migración indígena representa un reto tanto para los estudiosos como para los planificadores de la problemática indigenista. Para abordar este tema considero necesario hacer una serie de reflexiones y profundizaciones en torno a las estadísticas censales.

En primer lugar, es importante señalar que desde 1985 no se ha podido despejar la incógnita del volumen de población indígena. Los censos de esa fecha captaron a los hablantes de diferentes lenguas indígenas, mayores de cinco años de edad y, desde entonces, el criterio no ha cambiado, de tal forma que, con algunas variantes, tenemos 90 años de estadísticas incompletas de la población india.

Las estimaciones que se han realizado arrojan cifras que van entre los 10 y los 12 millones de miembros de poblaciones indígenas. Cualquiera que sea su magnitud, esta población es suficientemente grande para ser considerada en los planes y programas que se diseñan, tendientes a procurar el desarrollo y mejoramiento de la ciudad de las comunidades indias de México.

Migración indígena a Baja California

Sabemos que Baja California es uno de los estados a donde se dirige una gran cantidad de migrantes indígenas procedentes de otras entidades de la república, ¿a qué se debe esta situación?

Habría que matizar el concepto de “gran cantidad de migrantes indígenas”. En el contexto del flujo de migrantes que pasa por Baja California, los migrantes indígenas son una pequeña minoría. Un cálculo aproximado del número de indígenas que llegan a esa entidad al año para trabajar ahí o para seguir a Estados Unidos sería de entre 15 y 20 mil. Lo que pasa es que los migrantes indígenas son más conspicuos que los no indígenas, por su lenguaje, por su vestimenta o por sus patrones de agrupamiento. Bastan unos cuantos cientos de indígenas para que la gente que los detecta piense que son muchos más.



Pero ¿qué grupos indígenas y en qué cantidades llegan a Baja California? Los grupos mayoritarios de indígenas que llegan a Baja California son mixtecos, zapotecos y triquis de Oaxaca y mixtecos de Guerrero. Entonces ¿cuál es el carácter de la migración indígena a Baja California? Es decir, los indígenas que llegan a Baja California ¿se establecen aquí o sólo pasan en tránsito hacia Estados Unidos?, ¿hay proporciones significativas de indígenas que migren a trabajar en el estado o los que permanecen aquí lo hacen tan sólo por haber podido ingresar a territorio norteamericano?

La mayor parte de los migrantes indígenas vienen a Baja California, más que a Estados Unidos, como destino programado de su migración. En este estado se concentran en los campos agrícolas del poblado de San Quintín y Maneadero, del municipio de Ensenada, en los campos agrícolas del Valle de Mexicali, y otros se establecen en la ciudad de Tijuana.

Asimismo, con algunos familiares se dedican básicamente a las labores agrícolas de esta región costera que está en proceso de expansión gracias, en alguna medida, a la disponibilidad de la mano de obra de los migrantes indígenas. La proporción de migrantes indígenas que cruza a Estados Unidos se ha exagerado mucho en razón de su visibilidad en comparación con los no indígenas. Sin embargo, esa migración ha estado aumentando conforme esos migrantes logran establecer mecanismos de protección y de contratación laboral que apoyan el mantenimiento de redes de contactos que facilitan la migración. Hay que hacer notar que la migración, desde Oaxaca hasta California, es sumamente cara. Aproximadamente entre 20 y 25 mil pesos promedio por migrante, que incluyen transporte, alimentos, hospedaje, pago de coyotes, costo de espera hasta recibir los primeros salarios, etcétera. Éstos son costos nada accesibles para los migrantes indígenas, aunque ellos parecen ser más efectivos que los migrantes no indígenas en su organización para abaratarlos. Aun así, el costo de la migración, por persona, es crecientemente caro, pero no olvidemos que los indígenas son campesinos y muy buenos para caminar; ellos solos cruzan por el cerro y llegan a los campos agrícolas del condado norte de San Diego, California, y si consiguen reiteros llegan más allá de la Unión Americana.

El porvenir de nuestra cultura

Se ha dicho y se ha reconocido muchas veces que nuestros pueblos poseen conocimientos y valores humanos que son dignos de preservarse y transmitirse para las nuevas generaciones;



nosotros no lo dudamos, estamos plenamente convencidos de eso. El problema está en esos valores y conocimientos que se encuentran subordinados a la sociedad nacional en donde prevalecen los valores de la sociedad dominante. El machismo, el consumismo, la prepotencia, el individualismo, la violencia y el egoísmo son los valores que muchas veces se privilegian de manera subliminal. También estamos regidos por leyes y normas, que no son escritas, y que contradicen las normas y valores tradicionales de nuestros pueblos y de nuestros ancianos.

Nos costará mucho construir un nuevo modelo de sociedad en donde los pueblos indígenas podamos convivir democráticamente con el resto de la sociedad nacional. Por principio, habrá que cuestionar la idea de la cultura nacional para dar paso al reconocimiento de culturas regionales y locales. Será necesario descentralizar las acciones culturales para posibilitar que nuestros pueblos expresen su saber, su arte y sus valores.

Respecto de la lengua, por ejemplo, los pueblos tienen que usarla en todos los ámbitos sociales: en la escuela, en las fiestas, en el mercado, en el palacio municipal, en las reuniones, en las oficinas, etcétera. Tiene que ser una lengua que se hable, se lea y se escriba; debe usarse para cantar y escribir lo que sabemos, lo que sentimos, lo que pensamos, lo que queremos y la historia de nuestros pueblos.

Nuestras lenguas nacionales, que por cierto son por lo menos cincuenta y seis, tienen que salirse del ámbito comunitario y familiar para manifestarse con fuerza y dignidad. Tenemos que trascender de la defensa retórica y académica para realizar acciones prácticas de desarrollo de todos nuestros idiomas nacionales. Nuestra lengua materna tiene la misma importancia que el español, por eso es muy importante el papel que juegan las escuelas bilingües de educación indígena en esta región fronteriza, por la dignidad y por la reivindicación de nuestra lengua y cultura.

La sociedad hispanohablante tiene que aprender los idiomas de su región. En nuestro futuro de sociedad multiétnica, como nación moderna, ya no podrá administrarse, por ejemplo, a un michoacano que no incorpore la cultura purépecha a su proyecto de vida individual y de grupo. Esto mismo es válido para las diferentes regiones étnicas del país, pues necesitamos afirmarnos y



respetarnos por dentro para poder competir con seguridad y dignidad hacia fuera. Varios países europeos y orientales nos han dado ejemplos de convivencia multilingüe y pluricultural.

La significación y desarrollo de nuestras lenguas nacionales es tan sólo una parte de esa relación simétrica que buscamos entre la lengua indígena y la sociedad nacional. Esta acción tiene que trascender a otros ámbitos más amplios para permear a la cultura indígena y a la cultura nacional.

Hasta ahora, en su mayoría, han sido investigadores extranjeros los que han explorado y ponderado nuestros orígenes históricos y culturales. De aquí en adelante, deben ser los pueblos indígenas y la sociedad mestiza hispanohablante quienes se ocupen de estudiar y difundir nuestros valores y conocimientos. No podemos seguir reforzando en las nuevas generaciones la historia mítica de nuestros orígenes sólo por la presencia arqueológica de nuestros pueblos. Ellos tienen que tomar conciencia de que los pueblos indígenas existimos aquí y ahora y que nuestra presencia no sólo representa la pobreza y miseria para el país. Significa también un potencial humano y valores sociales que han enriquecido y pueden fortalecer el futuro de México.

Sólo en esta nueva relación simétrica entre indígenas y sociedad nacional puede concebirse, a mi juicio, la modernidad que los pueblos del mundo están experimentando y que nuestro país no puede, ni debe escaparse de él.

Hasta los siete años de edad, recuerdo ahora, nunca me pregunté quién era, mi pueblo lo era todo, un espacio social que me daba una identidad propia. La lengua mixteca, que es mi lengua materna, cubría todas mis necesidades de comunicación; era para mí, en aquel momento, la lengua universal. Me daba cuenta de que la lengua de mis padres estaba presente en todos los rincones de mi familia y de mi pueblo. En esa lengua se comunicaban los niños, los adultos y los ancianos. Según los contextos en que se usaba, la lengua adquiría tonalidades, niveles y profundidades. Representaba para mí, una gran emoción escucharla y poder comunicarme en ella y con ella.

Mi pueblo también ofrecía roles culturales que con el tiempo iban conformando valores que los miembros de la comunidad interiorizaban. Recuerdo, ahora, que los niños teníamos que



saludar a los adultos y ancianos no con indiferencia, sino con respeto y distinción; a todos los ancianos les decíamos abuelos o abuelas, y a los adultos, tías y tíos; eran costumbres que, con el tiempo, iban formando en nuestra conciencia un tejido social comunitario, que cotidianamente favorecía la armonía y la convivencia.

En las ceremonias tradicionales al maíz, a la calabaza y al frijol, se nos insistía que la tierra es sagrada nuestra madre, que cada inicio de temporada el abuelo tenía que darle de beber a la tierra y cada levantada de cosecha agradecerle a la lluvia con cohetes, incienso o copal por la gran abundancia de donde proviene nuestro sustento. Sentía que la comunidad era como una gran escuela, una gran familia en donde me enseñaban y aprendía cosas útiles para la vida, y donde también recibía castigos por violentar normas tradicionales, por ejemplo, pisar granos de maíz o tender cosas sobre ellos.

La identidad rota

Parte del martirio de saber quién era, empezó cuando asistí a la escuela Ignacio Manuel Altamirano, de Santo Domingo Tonalá, un pueblo mestizo. Recuerdo que la maestra y mis compañeros del grupo hablaban en otra lengua, no hablaban mi idioma, entonces me di cuenta de que tenía que aprender otro idioma para poder subsistir en el grupo y salir adelante. ¡Caray! lejos de mi tierra empecé a reflexionar sobre mi cultura y del nivel de vida que recibí de mis padres y del pueblo; la maestra reprimía severamente a los niños que hablaban la lengua de sus padres. Entonces empezaron mis primeras dudas sobre la validez de mi lengua, de mi cultura y de todo lo que la comunidad y mis padres me habían enseñado y me seguían enseñando. A los catorce años tuve que regresar a mi pueblo para prestar mis servicios en la tienda CONASUPO. A los 17 años conseguí una beca de la Dirección General de Educación Indígena (DGEI) para asistir a un curso de inducción en donde preparan jóvenes indígenas para ser promotores culturales bilingües. En ese nuevo ambiente, en San Pablo Guelatao, ajeno a mi mundo cultural, se habla en zapoteco. Los maestros nos daban a todos el mismo trato, nos hablaban de nuestras costumbres y tradiciones, nos responsabilizaban de ser gestores de las comunidades indígenas y que el maestro bilingüe es el promotor del desarrollo de la comunidad. Entonces, yo dije: mi idioma no puede estar escondido, hablaba conmigo mismo por las noches, pensaba y tomé una decisión: lo que tengo son las armas que me dieron mis padres, mi idioma lo guardé para mí mismo; no había espacio



social para comunicarme a través de él. Sólo lo usaba cuando regresaba a mi pueblo, cada año, o los seis meses o en periodos de vacaciones, debido a la distancia en que me encontraba.

El momento crítico de poner en tela de duda mi propia identidad fue cuando ingresé como maestro bilingüe, llegué a la Dirección Regional para recibir mi orden de comisión, y me dijo el señor supervisor: “sabe qué, Chalito, a usted no lo voy a comisionar como maestro, porque en las comunidades no van a creer que usted es maestro, se va a quedar comisionado en el Instituto Nacional Indigenista para que crezca otro poco”. Otra vez a batallar, la oficina estaba en la ciudad de Huajuapán de León; otro reto, tenía que convivir con profesionistas y otro nivel de cultura. Entonces fue cuando sentí la presión de la sociedad nacional mestiza hispanohablante, se burlaban de los indígenas, pero mi trabajo me justificó ante muchas personas por ser bilingüe. Entonces me valoré como persona y como parte del grupo al que pertenezco, y así fui tomando conciencia de que era diferente, que mi lengua y todo lo que la comunidad me había enseñado estaba en desventaja; había que aprender otros conocimientos, otros valores, que muchas veces negaban o contradecían los propios.

Entonces tomé conciencia de la existencia de palabras lacerantes que la sociedad no indígena usa para herirnos, lastimarnos y humillarnos. Indio era la palabra más fuerte, indígena más o menos suave, indito era lo más paternal y condescendiente que se nos aplicaba.

Si al principio rehuía estas palabras, con el tiempo las hice propias para usarlas, desgastarlas y desecharlas. Participé en organizaciones usando estos conceptos para luchar, reclamar y denunciar.

Ahora estoy convencido de que la sociedad mestiza hispanohablante tiene que escucharnos. Tenemos que dialogar y respetarnos para trazar juntos un futuro diferente para las nuevas generaciones. La sociedad no indígena tiene que dignificar las raíces indígenas para reafirmar su identidad. En los últimos veinte años, los indios hemos hablado muy fuerte para que nos escuchen. Nosotros mismos nos damos cuenta ahora, de que, por mucho tiempo, después de 500 años, hemos estado a la defensiva. Gran parte de nuestra energía la hemos empleado muy poco tiempo para pensar en construir nuestro futuro; ahora que estamos lejos de nuestra región lingüística, corremos el riesgo de perder todo ante la cultura dominante de los mestizos y más por



la influencia de la cultura norteamericana. He oído decir a los hijos de los mixtecos nacidos en Tijuana: “mis papás son de allá, yo nací aquí en Tijuana, no hablo el mixteco”; yo lo entiendo y, partiendo de esta experiencia, ahora que soy director de la escuela primaria bilingüe *Ve’e Saa Kuala*, trato de dar mucho impulso a la asignatura de lengua indígena porque ahí está el éxito de la sobrevivencia de nuestra lengua y cultura mixteca, y por eso yo digo que los jóvenes están en busca de la identidad propia y se autonombran como los sureños pues ya no hablan la lengua, pero se identifican como descendientes de los mixtecos, gente que llegó del sur del país.

Víctima de la pobreza extrema

Como es de conocimiento de todos, el indígena es el más jodido en todo, y para lidiar con este problema hay que hacer cambios muy radicales a nivel nacional en las diferentes dependencias gubernamentales y crear algunas en especial, como por ejemplo:

- Crear la Procuraduría de Asuntos Indígenas en el estado de Hermanos, todos nosotros, los migrantes sin tierra, sin hogar, sin Baja California.
- Crear y alentar proyectos y programas productivos y de empleo.
- Realizar acciones en los rubros de salud, educación, vivienda, cultura, y dotar de personalidad jurídica a los migrantes a través de la creación de un Consejo Supremo Indígena con carácter pluriétnico y pluricultural.

Sin embargo, ninguna de estas propuestas se llevó a cabo: todo quedó en retórica y buenos deseos. Si bien es cierto que se trata sólo de una propuesta, toca a los directamente involucrados y a sus organizaciones proponer o enriquecer la iniciativa, de tal manera que no se trate nada más de declaraciones y de buenos deseos de las dependencias oficiales o para que no suceda lo que un indígena decía: “ahora como siempre somos víctimas de la extrema promesa”.

El movimiento estudiantil de 1968 nos enseñó a organizar-nos y luchar por lo que no se tiene y a la vez es un reclamo justo y digno porque nuestra carta magna así lo explica y tenemos que exigir que se cumpla.

Hermanos, todos nosotros, los migrantes sin tierra, sin hogar, sin nada que ganar y ni nada que perder, nos hemos arriesgado a explorar nuevas tierras para venir en busca de mejores



condiciones y de nivel de vida para nuestros hijos, ser indígena en este país es triste, volteemos nuestros ojos hacia los niños de la calle, las mujeres vendedoras ambulantes, etcétera. Somos producto de más de 500 años de luchas: primero contra la esclavitud, en la guerra de independencia contra España encabezada por los insurgentes, después de evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al imperio francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de las Leyes de Reforma y el pueblo se reveló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarnos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin importarles que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarles que no tengamos nada, absolutamente nada ni un techo digno ni tierra ni trabajo ni salud ni alimentación ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin dependencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos.